

En el último libro que nos dejó, antes de caer a su muerte, Primo Levi nos confronta con reflexiones sobre la memoria de las atrocidades. *Los Hundidos y los Salvados* (1986) contiene provocadoras consideraciones aplicables a lo que puede estar pasando con nuestra memoria de la violencia paramilitar en Colombia.

Levi inicia su última reflexión escrita cuestionando: «La memoria es un instrumento maravilloso, pero falaz. (...) Las memorias que poseemos no están talladas en piedra; no sólo tienden a borrarse con el paso de los años, sino que cambian, o brotan, con la incorporación de atributos extrínsecos».

Al remarcar sobre la escasa certeza de la memoria, incluso en momentos de *normalidad*, Levi enfatiza que el paso del tiempo inevitablemente degrada los recuerdos. Esta regla de la vida es comprendida y utilizada para falsear la realidad, especialmente en estados de atrocidad y regímenes de terror. Los mecanismos para falsear la memoria son abundantes.

Levi concentra gran parte de su reflexión en torno a la memoria de los perpetradores. Reconoce que ellos, confrontados por la indecencia de sus actos irrevocables, consciente e inconscientemente, emprenden un trabajo de falsear la realidad a través de la supresión o la alteración de lo acontecido. «Un recuerdo evocado con demasiada frecuencia y, específicamente, en forma de narración, tiende a fijarse en un estereotipo, en una forma ensayada de la experiencia, cristalizada, perfeccionada, adornada, que se instala en el lugar del recuerdo crudo y se alimenta a sus expensas».

Y es justamente esto lo que ha pasado con la memoria de la violencia paramilitar. Lo acontecido es narrado de manera incesante, repetitivamente, por los perpetradores. Hablan y hablan... Aunque, por el desgaste, pareciera que nadie escucha, sus narraciones consiguen arraigo y la memoria tejida es falaz. Al respecto, señala Levi: «Conforme se lo va repitiendo a los demás, pero también a sí mismo, las distinciones entre lo verdadero y lo falso pierden progresivamente sus contornos y el hombre termina por creer plenamente en el relato que ha hecho tantas veces».

Aunque resulta difícil la negación de la atrocidad en sí, su justificación y su interpretación son material propenso a la manipulación a través del discurso. Nos recuerda el sobreviviente de Auschwitz: «Es muy fácil alterar los motivos que nos condujeron a una acción y las pasiones que dentro de nosotros la han acompañado (...) Los estados de ánimo son lábiles por naturaleza y aún más lábil su recuerdo». No se suprime la atrocidad, pero se extirpa o se varía la motivación que acompañó su perpetración.

Con el paso del tiempo, esa nueva verdad paramilitar -esa memoria- prospera y es

perfeccionada. «El recordador ha decidido no recordar y ha tenido éxito», sentencia Levi.

Experimentamos una silenciosa muerte de la memoria: la verdad desmembrada, golpe a golpe deformada; el recuerdo nocivo ahogado... Y, así, el incómodo vínculo entre paramilitares y el Estado se extirpa, «como se expulsa una excreción o un parásito». Aquí no pasó nada, la guerra contra la memoria se va ganando...

En este ambiente seguimos en un camino chueco que abusa de la memoria y de los recuerdos -de tanto víctimas como perpetradores- en el cual la gran masa cree no tener nada que ver ni nada que decir. Infectados por desidia y apatía profundizan el olvido del recuerdo incómodo: el crimen de Estado, de eso sobre lo que no se habla.

[http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/L/la\\_memoria\\_desmembrada/la\\_memoria\\_desmembrada.asp](http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/L/la_memoria_desmembrada/la_memoria_desmembrada.asp)